

México o el conocimiento de la lepra

Parte II: El aprendizaje

José Luis Gómez

"No es lo mismo profesor que Maestro. No hay muchos maestros en la acepción que le doy al término. El maestro lo es en su cátedra, pero también fuera de ella y lejos, aún en el tiempo".

*Fernando Latapi, dermatólogo y leprólogo mexicano
(párrafo tomado de un escrito suyo, leído en un homenaje
recordatorio a su maestro en dermatología,
el profesor González Herrejón; México, 1965).*

Arch. Argent. Dermatol. 56:164-166, 2006

En mis días de estudiante de medicina, la idea que la lepra suscitaba en la gente era siniestra. Y había razones para ello. No sólo las personas ajenas al arte de curar tenían este concepto, sino también gran parte del personal de la salud que no estaba relacionado directamente con las enfermedades transmisibles - médicos incluidos.

Sucedía que, aunque existente, el tratamiento quimioterápico era insuficiente, tanto en cantidad como en calidad. Algo parecido pasaba con el control epidemiológico y el diagnóstico precoz, armas empleadas junto con la terapéutica para luchar contra los problemas infecciosos. Con estas carencias en el armamento para librar batalla a este microcosmos bacteriológico, social y probablemente metabólico llamado lepra, muchos de aquellos que enfermaban llegaban a estados de deformidad física tan importantes que generaban sentimientos de rechazo y miedo en las demás personas. Por ello y por el propio temor a su enfermedad, muchas veces sospechada pero no revelada ni a sí mismos ni a los demás, el enfermo se recluía. Esta suma de factores (terapéutica insuficiente o nula y encierro dentro del ámbito familiar) daba como resultado un aumento de la posibilidad de contagiarse, sobre todo familiarmente.

Por mi parte, respirando el mismo aire enrarecido que el común de los mortales, conocí a la lepra, cara a cara, en los claustros y hospitales universitarios de la ciudad de Córdoba. Cuando me enfrenté a ella por primera vez, la observé con una mirada velada por la ignorancia y el temor. Detuve mi vista en sus aspectos más llamativos por desagradables e inquietantes, justamente aquellos que, en conjunto, constituían el aura de horror que la estigmatizaba. No se me ocurrió pensar entonces que un día querría conocerla más profundamente, para lo cual debería frecuentarla casi cotidianamente.

Desde entonces han pasado más de 30 años. A través de informes científicos logré distinguirla como una afección biológicamente complicada y enigmática, que develó muchos secretos al requerimiento humano y que guarda muchos más aún. Por la transmisión directa del conocimiento, impartido por los colegas que fueron mis maestros, aprendí a diferenciar la variabilidad de sus expresiones clínicas, que son como distintos rostros, diferentes aspectos de una misma persona. Gracias a todo ello logré ponerme en acción como médico leprólogo, y así como el fruto continúa a la flor, al descubrimiento de la dolencia física le siguió el encuentro con su entorno social.

Pero la realidad es que mi relación con la lepra comenzó en México. Un amigo de la infancia que estaba becado estudiando pediatría en ese país me ayudó con la palabra y el dinero necesarios para iniciar mi aventura. La verdad es que a mí me daba lo mismo ir a México o a la China. Mi deseo era partir, viajar a países remotos, ver maravillas. Conocer y conocerme. Vivir una vida que no fuera ordinaria.

Y así fue que comencé mi viaje.

Salí de Buenos Aires una mañana fría y lluviosa de invierno. Cambié la alfombra mágica de mis lecturas de *Las mil y una noches*, a la que doblé y guardé para otra ocasión, por un Boeing gigantesco que cortó el aire con la facilidad de un cuchillo arrojado con fuerza al espacio. Una vez arriba de las nubes, el sol nos recibió con la calidez de una manta de lana familiar, abrigada y energética. Abajo y atrás en el espacio y en el tiempo quedaban la baja temperatura y la humedad. La cabina del avión se convirtió en una matriz cómoda y complaciente. El limbo uterino calmó en parte mi ansiedad y me preocupé por llegar más calmo a destino.

A mi llegada, al contrario de mi despedida de Buenos Aires, México me recibió con un clima esplendoroso.

Médico dermatólogo y leprólogo

Recibido: 24-5-2006.

Aceptado para publicación: 31-5-2006.

Arch. Argent. Dermatol.

so, fresco y soleado. Ya en plena ciudad, un olor característico, acre, grato a mi nariz, al que uno se acostumbra y del que se olvida por la permanencia, llamó mi atención olfativa inmediatamente, proveniente quizá de las preparaciones culinarias callejeras, que eran muchas. Viví fascinado por las novedades diarias durante los primeros tiempos. Pese a ello, mi actitud inicial fue presuntuosa y arrogante, propia de un individuo cobijado en el orden mundial que prioriza los valores de la cultura blanca por encima de los de la cultura de la gente de color, para tratar de equilibrar seguramente (por lo menos en mi caso), las inseguridades provocadas por las nuevas experiencias en un país desconocido. Eran prejuicios raciales ignorados que la tierra a la que llegaba, de atmósfera fecunda, hizo que se abrieran como flores negras, de perfume fétido que, una vez descubiertos, me avergonzaron. Era intolerante (¿hoy no?). No miraba ni escuchaba; por lo tanto, tampoco apreciaba. Comparaba constantemente al país extraño con el mío, y casi siempre encontraba mejor lo propio que lo ajeno. A pesar de estar viviendo en una de las naciones de más variada y exquisita comida, me alimentaba sólo con platos argentinos. En pocas palabras, no sabía vivir, pero quería aprender, y lo intenté.

Para especializarme en piel debí hacerlo en lepra al mismo tiempo, ya que era un requisito indispensable en el **Centro Dermatológico Pascua**, lugar en el que estudié, debido al alto número de enfermos de esta patología en México. Para ello, permanecí dos años en ese lugar, y por primera vez la medicina cobró sentido verdaderamente humano para mí, así como practicidad. Quizá este sentimiento inédito de logro y satisfacción personal se debió al ambiente humano reducido del Centro, al menos en esa época, lo que obviamente favorecía las relaciones interpersonales entre profesores y alumnos, con el consiguiente beneficio para todos, incluidos los pacientes, destinatarios precisos y obligados de nuestro proceso de aprendizaje. Además, la medicina salía a la calle y entraba a los hogares de los enfermos de lepra (a los que prestaba atención especial dada su condición de eternos desatendidos), los acompañaba al trabajo y se relacionaba con sus familiares y amigos, situaciones desconocidas para mí hasta ese momento. Quizá ocurriera lo mismo en Argentina en esa época, pero yo no lo sabía. Me impactó favorablemente lo que entonces interpreté como falta de solemnidad y dramatismo en el médico mexicano, comparado con su colega argentino. Se me ocurrió pensar, seguramente con ingenuidad, que los orígenes étnicos centroamericanos mayoritarios, respecto a las raíces europeas predominantes en Argentina, lo volvían más solidario con su compatriota enfermo. Hoy no sé si pienso lo mismo.

En el Centro Pascua me esforcé en despojar a la lepra de la serie de capas espinosas de mentiras y mal-



Fig. 1: Maestro Fernando Latapí rodeado de alumnas y discípulas (México, 1971).

entendidos que la rodeaban como a la cebolla sus cubiertas. Así como desconocemos, en general, que el bulbo comestible de esa planta es un tallo modificado y sus escamas superpuestas, carnosas y ácidas, son sus hojas, la lepra estuvo desdibujada desde siempre por una envoltura espesa y dura formada por opiniones recelosas transmitidas por la tradición laica y religiosa, que ocultaron su verdadera identidad. Su nombre llevaba la impronta del pecado; se la relacionaba con la persecución y el aislamiento. Cuando pude retirar la cobertura de la cebolla, quedó a la vista el cuerpo de la enfermedad, diferente a lo ideado por el pensamiento prejuicioso, pero asimismo ácido, complejo y turbio. Así como conocí a la enfermedad a través de la lectura de los libros y el estudio del paciente, pude comprender su epidemiología en base a la observación del ambiente donde cohabitan el huésped y el agente. Estaba al tanto del parentesco del mal de Hansen con la tuberculosis y sabía que ambas afecciones son integrantes estables, junto con otros padecimientos infecciosos, del coro aciago que el entona el Himno a la Indigencia. Hasta ese momento había frecuentado superficialmente a la miseria. No conocía la triste casa donde habita: árboles quemados en el jardín, flores deshechas esparcidas sobre la tierra árida; rota la entrada, destruidos los pisos, perforados los techos. Viento y lluvia dentro de las habitaciones; sol y frutas en la puerta vecina. La esperanza aniquilada por la falta de proteínas. Los afectos ateridos de frío, insensibilizados por el viento helado que entra por las ventanas sin vidrios.

Aún sabiendo cuán poco probable es el contagio sin ciertos requisitos que yo respetaba, al principio tuve miedo; pero como nubes a las que disipa el viento después de la lluvia, la inquietud se desvaneció y brilló otra vez el sol. Para que esto sucediera, tuvo mucho que ver el modelo de mis maestros frente al enfermo con su conducta animosa y realista. El director del Centro era el profesor Latapí, hoy fallecido, hombre sereno y sabio, que brilla con luz intensa en el Olimpo de la medicina



Fig. 2: De izquierda a derecha: el autor, tres colegas latinoamericanos y una enferma de lepra, en su domicilio, con su hijo sano (Estado de Guajalajara, México, 1971).

mexicana. Cuando yo lo conocí, tendría unos setenta años; era delgado y alto, con ojos achinados y una calvicie completa que cubría con una gorra de tipo europeo. Vestía atildadamente; a veces con alguna camisa típicamente mexicana, lo único que rompía con discreción el silencio de su atuendo sobrio y de linaje blanco. Su manera de hablar y de comportarse era seria y escueta, pero nada rígida. Lo que decía tenía sentido y peso, color local y universalidad al mismo tiempo. Toda su persona, física y espiritual, parecía denotar cierto origen chino: era realista, sutilmente humorístico y sensible. Mientras vivió, hasta casi agotar el octavo decenio, condujo a enfermos y alumnos por un camino de salud y pedagogía. Después de muerto, sigue encendido, emitiendo un fino hilo de humo, como los volcanes dormidos de esa prolífica tierra que ayudó a construir como país.

En México no sólo descubrí a la dermatología y a la lepra, disciplinas en las que me inicié y comencé a profundizar, sino que me eché a los ríos y riachos del delta de la vida, en pos y en contra de las corrientes. Encontré maravillas sociológicas y antropológicas, geográficas y artísticas. Ví dormir a los volcanes de largas barbas blancas y los imaginé rugientes, con los cabellos inflamados por el fuego compulsivo expulsado de sus entrañas. Sentí bajo los pies el extraño temblor de los aco-

modamientos geológicos y salí de la habitación a la calle para ponerme a salvo del posible derrumbe de algún edificio. Me bañé en sus mares celestes y verdes colmados de recursos naturales y de bellezas. A propósito, una tarde, mirando la puesta del sol desde una de sus playas, me adormecí... hasta que me desperté con la visión de una mujer desnuda emergiendo de las aguas, de una blancura inmaculada y con largos cabellos rubios que ondeaban al viento. La observé, absorto, hasta que comprendí que la mujer era el personaje principal de la pintura de Botticelli, *El Nacimiento de Venus*, que Latapí nos hacía conocer por medio de una diapositiva en su clase introductoria de sífilis para que comprendiéramos el significado de la palabra venérea. De paso, nos contaba que dicho cuadro (que en el momento de despertar emergía desde mi memoria confundido con la bruma y el oleaje del mar), que dicho cuadro, digo, se encontraba en la Galería de los Oficios, en Florencia, Italia, ciudad que podíamos visitar un día si deseábamos conocer algunos de los prodigios de la pintura y escultura del Renacimiento.

Pasados dos años rendí mi examen teórico y práctico de dermatología y leprología. Más que brindar testimonios sobre conocimientos adquiridos, se trataba de realizar una especie de ejercicio médico especializado, delante de un jurado presidido por el maestro Latapí y con los demás alumnos como espectadores. Una demostración honorífica más que una prueba clasificatoria ya que prácticamente todos los examinados obteníamos las mejores notas. La comprobación podía realizarse de esa manera y con ese sentido probablemente porque los alumnos éramos pocos y manteníamos una relación cotidiana y cercana con los profesores, quienes nos conocían con virtudes y defectos profesionales. Además, el espíritu creativo del maestro y de los demás enseñantes impregnaba el Centro como si se tratase de una fragancia estimulante, de tal modo que se facilitaba el aprendizaje, confiriéndole al lugar un clima disciplinado pero flexible, técnico pero humanístico, especializado y amplio al mismo tiempo.

Mi estadía en México finalizaba. Debía partir, regresar a la Argentina. Pero recién comenzaba a paladear el sabor de viajar.